

V.

Oyóse un silbido prolongado y Luisa entró á pocos momentos pálida por la emocion.

—Señora, señora, ellos son! venid, capitán.

—Id, don Félix, permaneced en la casa hasta que salgan.

—Pero pronto, decia Luisa, sin poder contener su emocion.

Don Félix salió apresuradamente, y conducido por Luisa, se entró en el aposento de Rosalía.

La jóven dió un grito al reconocer al capitán.

—Ella otra vez! murmuró don Félix, y sus miradas se fijaron con entusiasmo en el rostro encantador de aquella mujer.

CAPITULO XV.

LANCES Y RELANCES.

I.

El inquisidor don Pedro Núñez de Clavijero y el virey Branciforte penetraron en el aposento de Amparo.

El marques de Croix era un hombre delgado, de nariz aguileña, lampiño, de labios finos, frente deprimida, y todo el rostro color de escarlata; los ojos surcados de venas denunciando la tendencia á los licores embriagantes.

Branciforte tenia mal corazon, y era uno de tantos hombres á quien el fanatismo de Carlos IV habia colocado en el dosel de Nueva España.

Branciforte tenia un gran defecto, la avaricia; al encontrarse en las Indias, se propuso enriquecerse á costa de las arcas públicas y de las particulares, llegando su codicia hasta el grado de propagar la idea de que era de mal tono llevar *perlas* en el tocado, dándole preferencia al *coral*. Las señoras de la corte siguieron la corriente de la moda, y Branciforte compró una

cantidad fabulosa de *perla*, haciendo esta operacion por medio de sus agentes.

Enterados nuestros lectores de lo que valia el señor marques de Croix, seguimos el hilo de nuestra historia.

Amparo cambió naturalmente de fisonomía, haciéndola alegre y burlona, que tal era el carácter que se habia propuesto seguir con aquellos personajes.

—Amparo, dijo el marques, no debeis extrañar mi visita á esta hora; graves asuntos de Estado me han detenido en el despacho.

—Su Excelencia el señor virey puede venir á esta su casa cuando lo tenga á bien.

—Gracias, señora.

—Y vos, querido tio, prosiguió la jóven, os veo cabizbajo y triston.

—Algo de eso, sobrina mia.

—Es que toma á pechos todas las cuestiones, dijo el marques.

—Pues hace muy mal, la vida es una broma aunque pesada, y es necesario no salirse del terreno bajo la pena de ponerse de mal humor.

Branciforte comenzaba á picarse con el tono de la jóven.

—Y vos, señora, nada encontrais de sério en la existencia?

—Sí, el pasado, porque en él están las sombras de nuestros padres y esa edad en que los purísimos velos de la ilusion se tienden delante de nosotros; velos que se disipan momentáneamente para entrar en la realidad tranquila de la vida.

—Amable sobrina, dijo Clavijero, has hecho una disertacion digna de un filósofo.

—Puede ser; acaso no tenga el mérito de ciertas consultas que S. E. tiene sobre el bufete de su despacho, pero esta conserva el tinte de la verdad.

El inquisidor se mordió los labios.

—Estais terrible esta noche, Amparo, dijo el virey.

—Es que mi señor tio en todo habla con misterio; esto es racional atendido el oficio que desempeña en la corte de México.

—Cuidado con bromas, el tribunal de la Fé no se presta mucho que digamos á esas sátiras.

—Voy conociendo, dijo el virey, que vuestra sobrina no carece de razon.

Clavijero se sonrió por complacer á su amo; pero estaba ardiendo de coraje.

—Yo, señores, dijo Amparo, vivo tranquila sin inquietarme ni de la autoridad vireinal, por cierto muy respetable, ni de la no ménos terrible del Santo Oficio.

—Veo, señora, observó el marques, que esas aclaraciones no son del caso, si me lo permitís.

—Efectivamente, marques, son dichas por lo que pudiera importar en nuestras relaciones amistosas.

Diciendo esto tendió su mano á Branciforte, quien la llevó respetuosamente á sus labios.

—Me ahogo de calor, dijo Clavijero, y bajo el pretesto de tomar aire pasó á la pieza inmediata, dejando solos á la jóven y al marques.

II.

—Señora, dijo Branciforte, hoy vengo resuelto á terminar de cualquier modo el empeño que me trae hasta vos.

—Cuidado, marques, vuestros humos os llevan siempre á extremos terribles.

—Dejad por compasion ese tono, sed la que sois ó por lo ménos la que debíais ser.

—Perdonad, caballero, para mí son un misterio vuestras palabras.

—Amparo, vuestro carácter no es ese que aparentais; sois sen-

sible, apasionada, comprendeis los sentimientos mas elevados del espíritu y os empeñais en vulgarizaros.

—Le doy las gracias á S. E. por lo mucho que me favorece.

—Es que mi amor os causa hilaridad y me haceis víctima de vuestras sátiras siempre sangrientas.

—Dejadme así, señor, porque de tomar á lo sério vuestro amor, tendria que deciros cosas que os sonrojaran.

El marques volvió la cabeza.

—Ya lo veis, prosiguió Amparo, no he hecho mas que deciros una frase, una sola palabra y ya estais confuso.

—Sí, murmuró Branciforte, confuso, anonadado ante vuestras reconvenciones; sé que es un crimen hablaros de amores, que esta proposicion de crimen os debe injuriar; pero qué quereis, vedme ante vuestra belleza, ya al declinar de mis años, sufriendo los estragos de una pasion intensa, vehemente y que acabará por trastornar mi juicio!

—Señor marques de Branciforte, Dios ha dotado al hombre de un espíritu fuerte, indomable, altivo, orgulloso, elementos todos para sobreponerse á las pasiones y á las vicisitudes; es necesario sacudirse de ese sopor calenturiento que abate el ánimo y lo dejenera; hacéos grande ante vos mismo y sereis digno ante vuestra conciencia de hombre y de caballero.

—Luchar.... sobreponerse!.... decia el marques, si aun vuestras mismas reconvenciones me llevan hasta vos, en el delirio de mis sueños y en el delirio sombrío de esta pasion.

—No podreis atribuirme parte en vuestros sufrimientos, desde que mi respetable tio tuvo á bien descubrirnos un secreto que no le pertenecia; yo he sido vuestra amiga y nada mas, sin aventurar una palabra que pudieseis traducir como una esperanza.

—Es verdad, dijo el marques.

—Sé que hay un abismo entre nosotros, ademas que yo no siento nada en el alma por vos, que mis simpatías son de amistad, señor Branciforte.

Humillado el marques por lo palmario de esta confesion, se alzó orgulloso y dijo en tono de ira:

—Creia que la manceba de un rey no se desdeñaria en aceptar los amores de.....

Amparo no le dejó concluir, alzóse á su vez mas altanera que el virey, y con un timbre de voz desconocido, dijo al marques:

—Sois un miserable en insultar á una señora. Si yo hubiera sacrificado mi honra á Carlos IV, estaríais á mis pies; pero he preferido morir en España para resucitar del otro lado del océano como si acabase de salir del seno de mi madre.... Yo os desprecio, marques de Croix, y os mando que salgais de este aposento!

—Ved que está en mi mano vuestro secreto y puedo perderos!

—Os engañais, marques, no podria exigirse mas de una mujer y vuestra abominable accion realizaria tal vez mi conducta.

—María Luisa no perdonaria jamas esa humillacion ni menos la celebridad.

—¿Y qué me importa esa mujer, cuyo corazón nutrido en el veneno de la corte se degradó hasta la calumnia para perderme?

—Ved que insultais á la reina!

Amparo dejó oír una carcajada nerviosa, que heló al marques de Branciforte.

El inquisidor apareció en el dintel de la puerta lleno de emocion.

—He aquí vuestra obra, gritó la jóven, habeis sido infiel al rey vendiendo al marques el secreto de mi existencia, lo habeis traído para hacerle caer en la miserable intriga de unos amores, á cuyo precio conservaríais el favor de ese hombre. Señor don Pedro Núñez de Clavijero, os desconozco; una sola letra enviada á Carlos IV os perderia. No, no la pondré, pero libradme de vuestra presencia, y á vos, señor marques, os prohibo que volvais á pasar los dinteles de esta casa!

Iba el virey á contestar al apóstrofe de la jóven, cuando se

oyó en el patio un ruido extraño, despues choque de armas y pistoletazos.

III.

Hemos visto al estudiante Antonio Pedraja haciendo centinela y guardando la espalda al capitán don Félix, teniendo por consigna, que si á las dos de la mañana el jóven galán no salía por el postigo misterioso, entrase á sangre y fuego en la casa, porque algo le acontecia.

Los minutos corrian pausados, y el desgraciado Pedraja armado de *punta en blanco* rondaba la calle poniendo en juego su perspicacia acústica al menor ruido que se dejaba oír en el silencio de la noche.

Sonaba la una y media de la mañana, cuando el estudiante descubrió dos bultos que se acercaban hácia el lugar que él ocupaba.

Recatóse poniéndose en acecho de los embozados.

Pedraja se tiró de las orejas al ver al tío Pablo salir de su tienda é introducir á los dos caballeros en la misma casa donde estaba su novia.

—Demonios! esto es horroroso, van ya tres hombres que se cuelan por ese endiablado postigo----- esto no deja de inquietarme; sospecho que hay algo que no es conveniente á Rosalía----- Ese infernal capitán me prohibió hablarla y ella estará desesperada creyéndose en poder de extraños----- me parece que el tal don Félix sufre esta noche cuando ménos una paliza----- deseo verdaderamente que suenen las dos para descubrir este enredo----- si saliera don Félix nada adelantaba yo, porque me quedaba á oscuras como en este momento----- en fin, falta media hora----- ya tenemos aventura, la ronda se acerca.

Efectivamente, el señor Jimenez de Pinillos, con quien ya tienen amistad nuestros lectores, alzó la voz y dijo á los alguaciles:

—Reconoced á ese embozado.

—Atrás! gritó Pedraja enseñando las pistolas.

Los alguaciles obedecieron, y de tan buena gana que llegaron á donde estaba el alcalde.

—Estos malditos, murmuró Pinillos, son unos cobardes de primera fuerza.

Esta era una verdad de á folio.

—Que registreis á ese bulto, ó si nó-----

—Si no qué? preguntó el estudiante encarándose á Pinillos.

—Si nó----- daremos parte.

—Pues dadla con mil demonios! que á mí la ronda se me da un comino.

—Que dice ese desalmado?

—Algo de *cominos*, respondió el alguacil.

—Debe ser persona de alta alcurnia, pensó el alcalde, donde vé con tanto desden á la justicia; entónces tiene razon; pero al ménos debe explicarse.

Y dirigiéndose al estudiante dijo en tono respetuoso:

—Tiene á bien el señor embozado decir algo sobre su personalidad?

—Leed.

Y entregó el *santo* y *seña* al alcalde.

—Vamos, acercad la linternilla, maese Pica-Anzuelo.

El alguacil se llegó con la linternilla y alumbró para que leyese el alcalde.

—Efectivamente, dijo este despues de haber examinado el papel, perdone usarcé y nos retiramos.

—Sea en hora buena, respondió el estudiante.

El señor Jimenez de Pinillos se alejó diciendo entre dientes:

—Esto me conviene, se verá mi exactitud y quién duda que la autoridad me considere en mas alta escala; siempre el talento es el talento.